

EDITORIAL

A veinte años de la encíclica *Fides et ratio*

En su calidad de pastor de la Iglesia, el papa san Juan Pablo II salió al encuentro de la Iglesia y de la humanidad toda con la publicación de la carta encíclica *Fides et ratio* hace ya veinte años. En ella, el papa Wojtyła mostró la importancia de rehabilitar en los términos adecuados la relación entre fe y razón. Así, por un lado, recalcó la importancia de la teología para el conocimiento de las verdades fundamentales sobre la existencia humana y, por otro, la importancia de una filosofía guiada por una recta razón que se aleje de la seducción del racionalismo, el nihilismo y el relativismo. El Santo Padre quiso iluminar el modo como la fe y la razón se relacionan en el camino de búsqueda de la verdad que el hombre tiene inscrita en lo hondo de su corazón y que lo impulsa a investigar con ahínco la realidad toda.

La enseñanza papal está anclada en «la necesidad de sentido que desde siempre acucia al corazón del hombre»¹ y en la certeza de que a dicha búsqueda responde «la encarnación del Hijo de Dios»². Son precisamente la vida y la Cruz de Cristo —quien esclarece el misterio del hombre³— el lugar donde se vienen a encontrar los horizontes de la razón y la fe; es decir, el espacio común donde el conocimiento humano se encuentra con el fundamento que lo anima y que invita a la persona a orientar su vida hacia la verdad de su propio ser⁴.

La relación fecunda entre la fe y la razón ha sido puesta de manifiesto por los pensadores cristianos a lo largo de toda la historia, ya desde el nuevo testamento y los padres de la Iglesia. En ellos hubo

1 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 1.

2 Allí mismo, 2.

3 Véase *Gaudium et spes*, 22.

4 «La razón y la fe, por tanto, no se pueden separar sin que se reduzca la posibilidad del hombre de conocer de modo adecuado a sí mismo, al mundo y a Dios» (*Fides et ratio*, 16).

algunas síntesis elaboradas en donde la «la razón abierta a lo absoluto incorporó la riqueza de la Revelación»⁵ con el fin de responder con mayor hondura a los interrogantes fundamentales de la existencia humana.

La reflexión cristiana implicó un modo nuevo de ver el mundo; es decir, una nueva manera de aproximarse a

«algunas cuestiones que [el filósofo] difícilmente podría resolver sin considerar los datos recibidos de la Revelación. Piénsese, por ejemplo, en los problemas del mal y del sufrimiento, en la identidad personal de Dios y en la pregunta sobre el sentido de la vida o, más directamente, en la pregunta metafísica radical: ¿Por qué existe algo?»⁶.

En este camino por comprender mejor los estratos más íntimos de la existencia humana, del mundo y de Dios, la importancia de la metafísica es evidente, especialmente ante las corrientes filosóficas modernas. Son los resultados de la investigación metafísica los que abren el camino «para la comprensión de la fe, ya que ponen de manifiesto la estructura de nuestro modo de pensar y de hablar y el sentido contenido en el lenguaje»⁷.

Según lo anterior, se trata de iluminar la realidad, de llegar a sus principios constitutivos. Las contradicciones se producirían más bien al excluir la posibilidad de interrogarnos sobre sus estratos últimos y fundantes. Como afirma la filósofa judía santa Edith Stein⁸, la fe nos permite considerar el ente y el ser con una luz nueva, nos da la posibilidad de asumir una perspectiva que considera la realidad de modo integral. Si la filosofía, y mejor aún, si los filósofos buscan desvelar (*alethinós*) el sentido de la realidad, entonces la exclusión *a priori* de la fe es más bien un acto arbitrario de la voluntad.

Como señalaba Gilson, el hecho de que algunos «hombres cultos, versados en el conocimiento de los sistemas de la antigüedad, pu-

⁵ Véase *Fides et ratio*, 41.

⁶ Allí mismo, 76.

⁷ Allí mismo, 84.

⁸ «El encuentro con un ente hasta entonces desconocido muestra al ente y al ser como tal bajo un nuevo aspecto. La revelación habla un lenguaje accesible a la inteligencia humana natural y ofrece el material para una formación de conceptos puramente filosóficos, que puede hacer enteramente abstracción de los hechos de la revelación y cuyo resultado viene a ser un patrimonio común para toda la filosofía posterior (por ejemplo, los conceptos de “persona” y “sustancia”)» (Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno* en *Escritos filosóficos*, Obras completas, vol. III, El Carmen, Victoria 2007, p. 634).

dieron decidirse súbitamente a hacerse cristianos», nos debe llevar a preguntarnos «por qué, aun en nuestros días, tantos filósofos creen hallar en el cristianismo una respuesta a los problemas filosóficos más satisfactoria que las de la filosofía misma»⁹. El conocimiento de la fe antes que llevar a abandonar la búsqueda de la verdad, ha conducido a plantearse nuevos desafíos filosóficos aún más hondos, desvelando nuevos estratos y nuevas dimensiones de la realidad antes apenas auscultados por el entendimiento humano.

El conocimiento propio de la fe responde a la pasión por la búsqueda de la verdad inscrita en el corazón del hombre. Lejos de ser una simple creencia, un sentimiento privado o una proyección propia de la humanidad, la fe responde a la estructura de la realidad misma. El lenguaje de la revelación no es ajeno a la realidad.

Esto cambia radicalmente la perspectiva y la relación entre la fe y la razón, que son, en el fondo, actos cognoscitivos diversos, pero propios de una misma potencia¹⁰. El conocimiento teológico y el filosófico son actos propiamente intelectuales que se relacionan con el mismo objeto, es decir, la realidad en sus diferentes estratos, de lo más a lo menos evidente, de lo sensible a lo espiritual, de lo substancial a lo relacional.

No sorprende, pues, que la historia sea testigo de cómo el olvido de la fe desemboca en el antihumanismo. Olvidar la profundidad de la realidad — el misterio — y autolimitar la razón excluyendo el conocimiento fruto de la Revelación es un recorte del horizonte propio de la razón, y se termina convirtiendo en un drama para el hombre mismo. Es lo que constataba lúcidamente Henri de Lubac, cuando en *El drama del humanismo ateo* ponía de relieve las coincidencias entre Nietzsche y Dostoievski:

«¿Cómo no asombrarse del juicio paralelo que hacen ambos sobre su siglo? La misma crítica del racionalismo y del humanismo occidental, la misma condenación de la idea de progreso, el mismo malestar ante el reino científico y de las perspectivas tontamente idílicas que, con mucho, lo prolongaron; el mismo menosprecio de una civilización completamente superficial, cuyo barniz aparente hacen saltar, presintiendo la catástrofe que terminará por devorarla [...]. Las ridiculiza-

⁹ Étienne Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, Rialp, Madrid 1981, p. 27.

¹⁰ «El acto de la razón y el acto de la fe corresponden a la misma potencia» (Jesús García-López, *Elementos de filosofía y cristianismo*, EUNSA, Navarra 1992, p. 23).

ciones del uno sobre la idea misma de la verdad, su reacción contra el “orden establecido” del saber, ¿acaso no son un eco de la protesta del otro contra el “dos y dos son cuatro”, y de su negación del “límite de la evidencia”? En ambos la humanidad intenta evadirse de la prisión en la que una cultura estrecha la ha encerrado. Rechazan el dejar mutilar al hombre con el pretexto de evitar la contradicción, y atropellando el universo ficticio, pero confortable, en que se puede limitar, le devuelven el sentido de su destino trágico»¹¹.

Algo parecido constataba el papa Benedicto XVI cuando en el discurso que se le impidió pronunciar en la universidad romana de La Sapienza señalaba el peligro actual de que «la razón, celosa de su presunta pureza» se cierre a la fe y se seque «como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida» perdiendo «la valentía por la verdad» y haciéndose no «más grande, sino más pequeña». La misión de la universidad católica es la de «mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro»¹².

Confiamos en que los artículos contenidos en este número de nuestra revista *Persona y Cultura* sean un aporte a esa tarea.

¹¹ Henry De Lubac, *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 2008, p. 257.

¹² Benedicto XVI, Discurso preparado para el encuentro con la universidad de Roma “La Sapienza”, 17 de enero de 2008.